IDILIO.

En la estación del céfiro y las flores,
Cuando los bosques la calina empaña
Y salpica, doblando sus rumores,
El arroyo su cerco de espadaña;
Ya que se encuna en nubes de colores
Apolo, trasponiendo la montaña,
Entré anhelante en la cañada amiga
Un alivio buscando á mi fatiga.

De rama en rama tímidas las aves
Volaban, su postrera melodía
Dejando oir en las agrestes naves
Que á trechos forma la arboleda fría;
Las florecillas del laurel süaves
Desbriznaba al hurtarles su ambrosía
El colibrí, luciendo en pecho y alas
Su pedrería y deslumbrantes galas.

Plateada una nube y purpurina
Cruzaba el monte en gigantesca zona,
Y pálida la estrella vespertina
Le servía de trémula corona;
Tardo el sol, á través de la cortina
De brumas que la brisa juguetona
Ajironaba, en el peñón bermejo
Tibio quebraba su postrer reflejo.

Sobre las selvas del azul Oriente,
Tras leve gasa de amarillo y rosa,
Alzaba adusta la rojiza frente
Del almo Febo la arrogante esposa;
Le seguía temblando y cautamente
Con pasos y aire de mujer celosa,
Al ver que Tetis con sin par encanto
Le brindaba su tienda de amaranto.

¡Cuánta belleza, cuánta poesía
En su inmensa extensión el campo encierra
La tarde al espirar! Muda, sombría
Destácase en el cielo el alta sierra;
Se encoge el río; triunfa la osadía
De las tinieblas, en la torpe guerra
Que mueven á la luz; y mudo el viento
En las ramas se mece soñoliento.

Del hondo lago el límpido oleaje
Que lamía la arena, aquel rüido
Misterioso que forma en el boscaje
El avecilla cuando torna al nido,
Y el variado magnífico paisaje
De la fértil campiña, embebecido
Contemplaba de un álamo á la sombra,
Tendido encima la campestre alfombra.

En grupos los indóciles rebaños
Y en nube de blanquizca polvareda,
Hincando el diente en vides y castaños
Seguían de su aprisco la vereda;
O por los verdes rústicos escaños
Trepaban retornando á la arboleda,
Sin atender del látigo al chasquido
Ni á los clamores del pastor garrido.

El labrador, hollando los helechos
Que tronzó en la mañana despiadado,
Cruzaba taciturno los barbechos,
Llevando al hombro el fecundante arado;
En espiral, de los pajizos techos,
A la esfera lanzábase azulado
Y denso el humo; y en la parda cumbre
Del hogar divisábase la lumbre.

Acá risueña joven aldeana,
Ágil trepando la feraz ladera,
Al céfiro, al volver de la fontana,
Su cantar confiaba vocinglera.
Del sol hermoso ronca la campana
Se despedía; y junto á la pradera
Un viejo mayoral de aspecto grato,
Al encerrarle recontaba el hato.

Allá mugían las medrosas vacas
Husmeando las brisas, y los cerros
Reveían oyendo en las opacas
Agrias cuestas la voz de sus becerros.
En las humosas híspidas barracas
Resonaba el ladrido de los perros,
Al brillar la luciérnaga en los flancos
Del monte y profundísimos barrancos.

¡Dichosos campesinos! la escondida
Próvida selva, de la varia suerte
Os liberta en su seno, donde anida
La paz amable y sus tesoros vierte.
¡Ah! ¡quién me diera sosegada vida
Entre vosotros y tranquila muerte
A mí, que bogo en piélago cubierto
Por negras nubes, sin hallar el puerto!

Una cabaña humilde ya que otoña;
Un terreno, un rebaño, una cacera
De aguas limpias; un huerto que retoña
Cuajándose de flor en primavera;
Un horizonte claro, una zampoña,
Una sombra en la púbera ribera
De undoso río, y un frugal sustento....
¿Qué pudiera faltar á mi contento?

Mas ya la noche lóbrega, importuna,
Allí marcaba sus tediosas huellas
En cruda lid con la apacible luna
Y su coro de lúcidas estrellas.
El céfiro al juncar de la laguna
Se replegaba, al son de las querellas
Del cárabo que encima un árbol seco,
A mí vecino, fatigaba al eco.

De ese árbol en el árida cubierta,
Al húmido fulgor de Cintia pura,
Hallé que de un zagal la mano experta
Grabó con pedernal esta escritura;
Que por ser de su amor imagen cierta
Y documento de sin par finura,
Que pregona de un mísero la historia,
Indeleble conservo en la memoria:

«Cuando la suerte con airada mano
«Enturbie, Filis, de tu dicha el cielo,
«Y el desamor con hálito de hielo
«El fuego extinga de tu pecho insano;
«Cuando demandes compasión en vano
«De quien no alcance tu inefable duelo,
«Y sola cruces erizado el suelo,
«Enjuto el rostro y el cabello cano;
«Ven, Filis, ven á mí. La sierra erguida
«No ha de negarnos en su seno frío
«Algún rincón donde acabar la vida.
«Y tu lloro al mezclarse con el mío,
«Dirás, ¡ingrata! de mi cuello asida:
«¡Fué más grande tu amor que mi desvío!»

¡Triste pastor! en medio á dos alheños
Otra inscripción con noble gentileza
Grabó inflexible el ángel de sus sueños,
De un espino venciendo la dureza.
De mustias flores y áridos beleños
Un hacecillo atado á su corteza
Tosca y raída el árbol ostentaba
Y la cruel respuesta publicaba:

«Cuando Filis encuentra en su camino
«A un pastorcillo que de amor le trata,
«Y no escucha, ó si escucha no aquilata
«Los versos de su amante peregrino;
«Cuando no teme que el falaz destino
«Trueque en luto su cielo de escarlata,
«No es pérfida, ni es dura, ni es ingrata;
«Es . . . . que está muerto el corazón, Alcino.
«¡Quisiera amarte! ¡Sobre el monte alzado
«Morar contigo? . . . ¡Mísera locura!
¿Quién puede, Alcino, contrastar el hado?
«¡Nunca! ¡jamás! Refrena la ternura
«De tu alma virgen: huye ¡desgraciado!
«Y no acrezcas tu horrible desventura.»

Lorenzo amigo: en memorable día,
Y con vivas instancias, un soneto
En género vedado, me pedía
Tu amor (como de joven) indiscreto.
Por complacerte, vióse el alma fría
En duro lance y riguroso aprieto.
Pagan aquella deuda, mal su grado,
Las trovas de ese amante desdeñado.

ELEGÍA.

Aquel Mirtilo flor de nuestros campos,
Gala del valle, orgullo de la selva,
No existe, Delio, y desde ayer descansa
En las entrañas de la madre tierra.

¡Ha muerto! El bosque, las erguidas rocas,
El verde soto y la feraz pradera,
Sollozan, Delio; y el hirsuto sauce
Al suelo humilla sus amargas greñas.

Mírase el antes delicioso llano
Obscuro, escueto, y la fontana yerma;
Los mirlos callan, y los negros buitres
Salir rehusan de su parda cueva.

El mismo Apolo su radiosa frente
Al espirar el seductor poeta
Hundió lloroso; y desde entonces cruza
Envuelto en nubes la enturbiada esfera.

Y los pastores sin poner oído
Al clamor de sus míseras ovejas,
En consolar á la infelice madre
Del buen Mirtilo con su amor se esfuerzan.

¡Y en vano, en vano! ¡Mirta sin ventura,
Por menguar tu dolor, la aguda flecha,
Que abre camino á tu ánima oprimida,
Arrancar de tu seno, quién pudiera!

Tú le amabas, oh Delio; el dulce vate
También te amó; no ha mucho que á la incierta
Fragante sombra de florido almendro
De ti me hablaba y aun lloró tu ausencia.

Yo recogí las últimas palabras
De tu amigo infeliz; la suerte aviesa
Por desgarrar mi corazón llevóme
A presenciar tan lastimosa escena.

Al declinar, dos días ha, la tarde
Entré en el madroñal; de una corneja
El fatídico vuelo perseguía
Con honda leve y zumbadora piedra.

Ella, de rama en rama, en la espesura
Se internó, y en la cumbre de una peña
Sentó su inmunda planta, redoblando
Sus temibles y lúgubres querellas.

Desde la altura, en el boscoso seno
De la montaña, vi que cien ovejas
A un zagal que dormido parecía,
Rodeaban balando lastimeras.

Latiendo el corazón—¿será Mirtilo?
Me dije; sus rebaños apacienta
En aquesa cañada donde brotan
Límpidas aguas y abundosa hierba.—

Anhelante bajé por un ramblazo;
Entre zarzales y erizadas breñas
Me abrí camino; y del lascivo arroyo
En breve hollaba la florida vega.

¡Era Mirtilo, Delio! Moribundo,
Sin luz sus ojos, en musgosa piedra
Reclinaba la sien, y le envolvía
Con su ramaje funeral adelfa.

Le llamé por su nombre; sus pupilas
En mí fijaba y alargó su diestra;
Quiso valerse; y prorrumpió en sollozos
Mirando el mundo por la vez postrera.

Las claras linfas del raudal vecino
Al hacerle beber, su pecho alienta;
Y me mira de nuevo, y se incorpora
Y con voz extenuada así se expresa:

¡ Oh padre Febo! . . . del copudo roble
Que me cobija, la híspida melena
Crucen tus rayos; y mi helada frente
Por un instante con tu luz fomenta.

¡ Voy á morir! . . . La fiebre que me abrasa
Con fuego extraño y que á la par me hiela,
Mis ojos nubla. . . . ¡ Agonizante y solo
Yazgo aterido en la mojada hierba!

Yo, que del lobo á las sangrientas fauces
Forzudo á veces arranqué la presa,
No puedo ahora levantar mi brazo
Para enjugar mis lágrimas postreras.

¡ Sedme testigos, árboles del soto!
Sensible y manso el corazón, no alberga
Ni envidia ni odio; y cedo resignado
Al ciego influjo de mi mala estrella.

De aquese pino las agudas hojas
Süave aparta. . . . la celeste esfera
Quiero mirar, parlero cefirillo;
Entre las ramas ábreme una brecha.

Tal vez las nubes de amarillo y nácar
Del cielo cruzan la región serena,
Y á engalanar de Apolo el regio estrado
En grupos al Poniente van ligeras.

Tal vez ahora el Véspero amoroso
Persigue deslumbrado al gran planeta,
En cuyo manto de carmín se esconde
Y curioso los ojos abre y cierra.

Tal vez los montes vuelven al Ocaso
Su rubia espalda, y del contorno ahuyentan
A las alondras, que de cumbre en cumbre
La garra esquivan de la noche fiera.

Tal vez el río, clamoroso, al llano
Se lanza envuelto en vagarosa niebla,
Y se sonroja si en su crespa frente
Iris le pone la imperial diadema.

Del verde fresno la robusta copa
Tal vez agita con sensual pereza
La tenue brisa, y bajan sollozando
Las mustias flores y las hojas secas.

Tal vez debajo los crecidos lotos,
Su faz obscura la gentil violeta
Temblando asoma, y el dorado broche
Destraba y vierte su fragante esencia.

Con paso lento las cobardes sombras,
De los barrancos á las agrias cuestas
Suben tal vez; y urgida por los celos
Espiando á Febo se levanta Delia.

Por las rendijas de mi pobre choza
Las llamaradas de rojiza hoguera
Tal vez se miran, y azulado el humo
Turbando el aire sale por la puerta.

¡Tal vez mi madre!.. ¡madre!.. ¡nombre santo!
¡Nombre divino!... el único que acierta
A repetir en medio á mis congojas
Mil y mil veces mi anudada lengua.

¡Tal vez mi madre.... viendo que tendido
Alumbra el sol, levántase y la rueca
Guarda afanosa; y vacilante, al prado
Sale á esperar que su Mirtilo vuelva....

¡Ah, pobre anciana!... nunca tu Mirtilo
Por sustentarte empuñará la esteva....
Ni por los montes trepará ligero
Buscando el nido de la blonda abeja....

¡Madre!.. ¡qué frío!.. ven á socorrerme....
Ven... estoy solo... ¡ven!... ¿por qué te alejas?
Recoge amante mi postrer suspiro...
Si en arrullarme fuiste la primera...

. . . . . .

Poco después el alma de Mirtilo
Tranquila, noble, soñadora y bella,
Cercada de ventura y poesía
Huyó por siempre de su cárcel negra.

Guarda sus restos en humilde fosa
El vecino oquedal; con sombra densa
Un ciclamor y un álamo cobijan
El montecillo de mojada tierra.

Él te rogó que un nido de palomas
Traspusieras encima; y que su avena
Encadenaras al vestido tronco
De augusto roble con tenaz crizneja.

Cumplí su voluntad. Las castas aves
Por su prole atraídas, en las tiernas
Ramas del árbol con el crudo viento
En dulce consonancia se querellan.

Su flauta, Delio, su armoniosa flauta,
Que tanto, tanto mitigó sus penas,
De mimbre y trébol con fragante lazo
Sobre su tumba agítase suspensa.

Allá en la tarde, cuando el fresco río
Vadea el hato, la radiosa estrella
Al asomar creemos que nos mira
Y que sus manes sobre el campo velan.

En el plañir del aura aquesa hora,
En los murmullos de las aves ledas
Que entre el ramaje de los verdes tilos
Por un lugar enójanse y altercan;

En el murmurio de la clara fuente,
Cuando sus linfas al correr tropiezan
Con la raíz volante de una encina
Que provoca dulcísimas reyertas;

Y en el bullicio grato de las hojas,
Que intentan impedir á las rastreras
Blancas neblinas, el sonoro paso,
Su voz oímos modulada y tierna.

Y nos parece que el vapor del monte,
Blanquizco y tenue, su semblante encela;
Y revisamos las purpúreas nubes
En el Ocaso por buscar sus huellas.

A media noche la temblante luna
¡Con qué primor al encumbrar se cuela
Entre el follaje, y sus pajizos rayos,
Sobre la fosa, dolorida quiebra!

No vengas, no. Tu duelo acrecería
Nuestras desdichas é indecible pena;
Y esperemos que borre estos vestigios
Con su aliento la dulce Primavera.